



El ángel negro

JOSÉ MANUEL PORTERO



EDITORIAL CÍRCULO ROJO

El ángel negro
José Manuel Portero

ÍNDICE

Créditos:

Dedicatoria:

NOTA:

Citas:

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

E P Í L O G O

FIN

El autor:

Créditos:

© José Manuel Portero.

ISBN ebook: 978-84-9095-084-5

Fotografía de cubierta: ©Fotolia.es

Diseño de portada: © Antonio López Galdeano

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), si necesitara reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com

o por teléfono en los números

917021970 / 932720447

De este libro existe una versión en formato papel, editada por Editorial Círculo Rojo, con el siguiente ISBN: 978-84-9050-633-2

Dedicatoria:

A Manuel y Dolores, mis padres.
In memoriam.

NOTA:

Esta es una obra de ficción. Por tanto, los nombres de los personajes y hechos que aparecen en ella son fruto exclusivo de la imaginación del autor. Cualquier analogía con situaciones o personajes reales será pura coincidencia.

Sin embargo, sí es cierto el marco donde se desarrolla la acción: Benalmádena, Torremolinos, Málaga y otros lugares de la maravillosa Costa del Sol. Y, Guinea, donde por desgracia el dictador Teodoro Obiang no es ningún personaje de fábula, sino una realidad terriblemente cruel para su pueblo.

Citas:

“Un buen final debe ser tan inevitable como inesperado”.

ARISTÓTELES, “Poética”

“¿No hay en nosotros una tendencia permanente, que enfrenta descaradamente al buen sentido, una tendencia a transgredir lo que constituye la Ley por el solo hecho de serlo?”.

ALLAN POE, “El gato negro”

EL ÁNGEL NEGRO
JOSÉ MANUEL PORTERO

PRIMERA PARTE

1.

Necesitaba aire, estirar las piernas.

Ricardo Ramos volvió a echar una ojeada al dormitorio; abrió la puerta con cuidado de que no chirriaran las bisagras y el ruido despertara al viejo: ¡tenía un sueño tan liviano...!

Tendré que engrasarlas, se dijo.

En esta ocasión giraron en silencio. Bajo la tenue luz de la lámpara, observó la respiración pausada del hombre. La cabeza hundida en el almohadón, la nariz aguileña, de por sí grande, destacaba aún más en la afilada delgadez del rostro; profundos surcos recorrían la frente, ahora atenuados por la difusa luz o, tal vez, a causa del estado de relajación del anciano; las cuencas de los ojos, dos enormes cavernas, dejaban entrever unos párpados empeñados en no quedar sellados para siempre. El edredón cubría un cuerpo esquelético, sin apenas dejar curvatura en el coberter de cuadros azules y verdes.

La silla de ruedas, a la derecha de la cama, como él quería.

Como si pudiera hacer uso de la misma sin ayuda, pensó Ricardo, con sarcasmo no exento de ternura. El viejo insistía en que cada cosa estuviera en su sitio. Donde él ordenara.

Siempre tuvo un genio de cojones, y ahora está imposible, masculló.

Dirigió la vista a la ventana con rejas que daba al jardín: cerrada y con la persiana hasta abajo, según sus deseos.

Sin hacer ruido cerró la puerta. En el espacioso recibidor, la colección de máscaras africanas colgadas de la pared vigilaban la casa como terribles y silenciosos guerreros. En su estudio dejó conectada la minicadena musical. Los compases de *Isolda*, su ópera preferida, aún a bajo volumen, le acompañaron hasta la salida. Seguían encendidas las luces del pasillo, de la sala de estar y las del jardín. Así, desde el exterior se veía luz, filtrada por los visillos, como si continuara en el interior de la vivienda. Antes de cerrar la puerta de entrada, se tentó en el bolsillo las llaves de la casa. Dudó si volver para coger las del coche, pero decidió ir andando hasta el pueblo.

Así estiraré las piernas, pensó. ¡Y respirar!

Aliviado, cuando pisó el césped, dejó escapar el aire contenido de sus pulmones y se dirigió a la valla de entrada. Hacía días que no bajaba a Arroyo.

La temperatura había descendido varios grados como correspondía a las fechas, vísperas de navidad, aunque todo el mundo decía que el frío era mayor que otros años.

En los bolsillos de su abrigo, azul oscuro, buscó los guantes, sin encontrarlos.

Nuevo olvido, se dijo. Los dejé en el armario.

Decidió prescindir de ellos y continuar. Se caló el gorro de punto y subió el cuello del abrigo mientras miraba hacia la vecina casa de los Gálvez.

Suspiró al recordar a Raquel con la misma intensidad con la que lo había hecho incontables veces a lo largo de los años.

Se recriminó, una vez más, otro invierno más, que tendría que instalar un sistema de iluminación con apliques a nivel del suelo delimitando el sendero de losetas de piedra y césped que conducía a la cancela exterior, a la calle, desierta a esa hora de la noche. Apenas se veía nada con las farolas de pie del jardín, por los fuertes contrastes de luces y sombras en la zona de tránsito. Faltaban demasiadas

losetas y en los huecos se producía barro, a poco que lloviera.

Hablaré con el administrador, decidió, pero sin demasiada convicción.

Se maldijo, ignoraba las veces que lo hizo últimamente por la misma causa, la situación de dependencia respecto al odioso Bermúdez. En alguna ocasión, Juan y él se habían atrevido a insinuarlo al viejo sin obtener más respuesta que una mirada fría y cortante, como un cuchillo afilado que penetrara en la carne, que no permitía seguir con el tema. Y el administrador obedecía ciegamente las indicaciones del viejo.

Recordó que el sábado llegarían Juan y Elena, su mujer. Tal vez, también Elenita, aunque la chica prefería quedarse con las amigas antes que aburrirse con la visita al abuelo. Normal.

Al abrir la cancela, observó de forma fugaz a aquel mendigo. Al menos, era lo que parecía. En realidad, uno de tantos que pululan por la ciudad, por cualquier lugar. Le había visto en varias ocasiones merodeando por los alrededores. Era un hombre negro, alto y nervudo, casi escuálido, con barba encanecida que, pese a la escasa luz de la calle, destacaba sobre la piel oscura. Cubría la cabeza con una gorra de visera negra, de la que sobresalían por la nuca unos mechones blanquecinos y encrespados. Vestía la misma cazadora de cuero, vieja, raída, de anteriores ocasiones, y una bolsa o mochila sobre el hombro.

El hombre dobló la esquina y desapareció confundido entre las sombras. Ricardo sintió la desagradable sensación de que, tal vez, le esperaba a él.

¿Con qué objeto?, se preguntó. ¿Para robarme?

Dudó si regresar a la casa y coger el coche o hacer lo previsto, desplazarse hasta el pueblo a pie.

¿No deseaba estirar las piernas? ¡Pues, bueno, andaría un rato! Un andrajoso de la mierda no iba a condicionar su vida. Metió la mano en el abrigo y sacó una navaja automática que empuñó, cerrada, y volvió a guardar en el bolsillo derecho del pantalón, presta a usarla si fuese preciso. Al

menos, eso fue lo que se dijo, aunque otra cosa sería lo que fuera capaz de hacer. El viejo siempre se reía de él diciendo que era un pusilánime sin agallas para tomar decisiones. Claro, que eso era antes de caer con el ictus cerebral. Suspiró al recordar a su padre y la larga cadena de desencuentros de toda una vida.

El negro sería uno de los miles de pedigüeños que proliferaban por cualquier rincón del país.

¡Negros, rumanos, gitanos...! ¡Qué asco...! Un ejército de malolientes, vagos y ladrones a la expectativa de rapiñar algo a la menor ocasión que se tercié. Imaginó la sonrisa de Juan, si le oyera. Sin embargo, pese a las discusiones que solían mantener, su hermano no podría llamarle xenófobo.

¿Por qué, si no, he contratado a la chica marroquí que me ayuda a cuidar a papá y hace las tareas de la casa?.

Suspiró al pensar en Mariam. Había algo en aquella mujer menuda y diligente que tanto le excitaba y, a la vez, repelía.

Dirigió sus pasos hacia el pueblo, no más de veinte minutos, sin forzarse. Desde arriba, no dejaba de asombrarse cómo habían crecido Arroyo y la zona de la costa en los últimos años, extendiéndose desde la base del Calamorro hasta el mismo litoral. Resultaba difícil distinguir cuáles de aquellas luces correspondían a la vecina Torremolinos. La noche, fría, invitaba a moverse para entrar en calor. Llevaba días que no salía para nada. Su padre le quemaba la sangre, le crispaba los nervios.

¿Cómo puede tener tal energía y vitalidad, pese a estar imposibilitado en una silla de ruedas?, se dijo. Así es imposible tener un mínimo de concentración para trabajar, aunque, según el viejo, no se le podía llamar trabajo a lo que él hacía.

Desde que recién terminado el bachillerato decidió entrar en bellas artes encontró su completo rechazo. Decía que "era una mariconada, una profesión sin oficio ni beneficio". Con la barbilla rozó y acarició el pin metálico y frío de

la solapa, que indicaba su pertenencia a la Escuela de Bellas Artes.

Encendió un cigarrillo. La entrada al pueblo estaba desierta pese a ser viernes.

La crisis económica, pensó. Ni gentes por las calles, ni luces navideñas, tan diferente de otras épocas del año, llena de visitantes.

En la explanada del Tívoli, ahora silenciosa, encontró algunos coches aparcados con los cristales cubiertos de vapor. Sonrió al imaginar la actividad del interior. Había zonas que se encontraban totalmente a oscuras, por lo que procuraba aguzar el oído, apretando la navaja en su mano en el interior del pantalón. Nada. Únicamente le llegaban los jadeos y risas contenidas de los ocupantes al pasar cerca de alguno de los vehículos.

Observó los grafitis que ensuciaban las piedras del fondo, burdos, torpes, impresentables. También alguna cruz gamada y textos xenófobos.

Pasó delante de varios establecimientos con demasiada gente, para su gusto.

Mucha crisis, pero los bares llenos, dedujo. Sin embargo, creo que es lo que me conviene: alboroto, humo de cigarrillos en la entrada, el roce con la gente... Una forma de terapia para alejar la *depre*. ¡Y un buen whisky...!

Decidió andar un poco más hasta el *Carioca*, un *pub* tranquilo, decorado con motivos marineros, mucha madera de pino teñida de nogal y cromados dorados como si fuera un yate. La dueña, la Cari, una brasileña menuda, desenvuelta y agradable que, pese a los años de residencia en el pueblo, seguía sin perder su acento brasileño, como si acabara de llegar de Río la semana pasada. Fue su musa y objeto de deseo durante mucho tiempo, numen de ensoñaciones nocturnas..., hasta que apareció Mariam.

La calle estaba desierta. Por eso le llamó la atención ver a aquel chico con el teléfono móvil en la mano como si estuviera grabando, como suele hacerse, con el antebrazo extendido a cierta distancia de la cabeza para observar la imagen en la pantalla del aparato.

¿Qué se puede grabar a esta hora de la noche y con este frío?, pensó.

El individuo, de espaldas a Ricardo, se encontraba a unos veinte metros de la esquina donde tendría que girar a la derecha para, unas calles después, llegar al Carioca. Era un tipo alto, vestía un jersey negro, pantalón oscuro, tal vez vaqueros, guantes y la cabeza cubierta con un pasamontañas de color negro. Se cubría las manos con guantes del mismo color. Enfocaba hacia un espacio fuera del campo de visión de Ricardo. La zona, ligeramente alumbrada con la luz cenital de una de esas bellas farolas de forja, pero sin demasiada potencia para eliminar las sombras que ella misma producía. Las luminarias y adornos de la navidad, aún no se habían encendido. Mejoraba un poco la iluminación de la calle, el rótulo de neón parpadeante anunciando la entidad bancaria hacia la que enfocaba el sujeto.

Después, todo ocurrió de improviso.

Primero, fue el intenso resplandor que vino del interior del cajero. Tal vez, que a la explosión de luz siguió el grito animal, apagado, desesperado, de un hombre...

El individuo que manejaba el teléfono móvil, se percató de la presencia de Ricardo. Dejó de grabar y lanzó una llamada de advertencia hacia el interior de la calle.

Un atraco al banco, pensó, deteniéndose en seco. No deseo para nada verme envuelto en un robo.

Pero, al momento, desechó la idea.

Un segundo más tarde lo comprendió todo y se estremeció de pavor. Pese a su cobardía innata, de manera instintiva, sin percibirse de ello, caminó hacia la esquina.

Alcanzó a ver a otros dos individuos, también vestidos con ropas oscuras y cubiertos de pasamontañas, que sujetaban la empuñadura de la puerta de cristal del banco. Se obstinaban en tirar de ella con fuerza para evitar que el hombre con barba y medio calvo que ardía como una tea viva, consiguiera su propósito de salir.

—¡Vamos, vamos...! —apremió el del teléfono

En un segundo, el recinto se convirtió en un infierno, en el que se debatía el hombre, al parecer un indigente, in-